



DE DON DIEGO DE PEÑALOSA,
y Doña Maria Leonarda.

REFIERENSE LOS AMOROSOS SUCESSOS, Y TRAGICA
historia de dos finos amantes Don Diego de Peñalosa, y Doña Maria
Leonarda; y de como su Padre, porque no se casara con él, la llevo
à un monte, donde la dexò amarrada à un arbol, como lo verá
el curioso Lector. Succedió este presente año.

PRIMERA PARTE.

Rompa la vaga region
este Elemento, que mandá
lenguas al Clarín sonoro,
que siempre es voz de la Fama,
y el eco de su harmonia,
con alegres consonancias
à Climas estraños llegue,
para que notorio haga
el mas singular suceso,
è historia mas celebrada,
que se ha oido, ni se ha visto,
ni escriben plumas humanas.
Y porque en duda no quede,
es preciso declararla,
para lo qual pido, y ruego,
que ni de favor, y gracia,
à la Virgen del PILAR,

Madre de Dios Soberana.
En la lustre Zaragoza,
à quien del Ebro las aguas
bañan con claros raudales
sus invencibles murallas,
en donde la Virgen Pura,
nuestra Madre, y Abogada,
que es la Virgen del Pilar,
tiene su Divina Casa,
pues se apareció gloriosa
en esta lucida Patria,
à nuestro Patrono Santiago,
diciendo: Que le labrara
su Casa de adoracion:
en donde la veneraran,
para que allí esta Señora
sus maravillas obrara.

En fin, en esta Ciudad,
que ya dexo mencionada,
vivía un gran Cavallero
de esclarecida prosapia,
y Noble Genealogia,
llamado Don Juan de Lara,
con su muy querida esposa
Doña Maria Leonarda,
los quales en dulce union
se querian, y estimaban.
De este feliz matrimonio,
el Cielo les hizo gracia
de darles por hija un Angel,
de las mugeres la gala,
por su grande belleza,
y perfecciones tan raras,
era hechizo de las Diosas,
era otra Elena robada,
era el pique de Cupido,
y de Flora semejanza:
que si Venus mereció
aquella hermosa manzana,
que se apareció en la mesa
donde las Diosas estaban,
tambien esta hermosa niña
mereció, que la adoraran
los mas Nobles Cavalleros
de mas bizarría, y fama,
como lo dirá la letra,
que aqui al presente se canta.
Llamabale esta Señora
Doña Maria Leonarda,
pues le pusieron el mismo
nombre de su madre amada,
Criandola con regalo,
con muchas joyas, y galas,
asistida de Doncellas,
que la trahian en palmas,
dándole gusto sus Padres
siempre en lo que deseaba.
Asi que llegó á cumplir
su dulce, y eterna infancia

quince Añiles su belleza,
la pretendian con ansia
los mas Nobles Cavalleros,
y desvelados andaban,
viendo lince de sus rejas,
como de su calle guardas,
ofreciendose rendidos
à sus bellísimas plantas,
cantándole muchos versos,
y primorosas tonadas.
Mas era tal su esquivéz,
que à todos los despreciaba,
mostrándose mas cruel,
mientras mas la laureaban.
Pero con mayor empeño
entre todos se señala,
con amorosos extremos,
un Cavallero, que llamari
Don Diego de Peñalosa;
y fue tanto, que se agitada
à esta bellísima Perla,
pues dexando el ser ingrata,
correspondió à sus favores,
y de secreto se hablan.
El uno al otro se dieron
de casamiento palabra;
y estando para pedirla
à sus Padres, lo dilata
por ciertos inconvenientes,
y cosas, que precisaban.
A cuyo tiempo otro amante,
que por esta Dama andaba
que era Don Martin de Soria,
Cavallero de importancia,
se anticipó, y à su Padre
se la pidió con mil ansias,
haciéndole mil promesas,
y prometiendo dotarla
en cinquenta mil ducados,
y otras prendas vinculadas.
Y discurriendo Don Juan
seria cosa acertada,

se la ofreció con Testigos
debaxo de su palabra.
Y Don Martin muy contento,
viendo que sus esperanzas
llevaban buenos principios
para lo que deseaba,
se despidió muy contento,
y Don Juan se fué à su casa.
Llamó à su hija, y le dixo
con amorosas entrañas:
Has de saber, hija mia,
como te tengo tratada
de casar con Don Martin
de Soria, y le tengo dada
la palabra con Testigos,
y en ello no ha de haver falta:
mira lo que me respondes,
si es cosa, que à tí te agrada.
Respondió Doña Maria,
resuelta, y determinada,
diciéndole: Señor Padre,
no importa aquella palabra;
porque sin saber mi gusto,
no obliga à cumplirla en nada,
que no siendo yo gustosa,
serà fuerza quebrantarla:
Don Diego de Peñalosa
es quien conmigo se casa,
y si lo llega à saber
lo que con Don Martin passa,
serà cosa que le quite
la vida sin mas tardanza.
Con que así, para evitar
la resulta de esta causa,
despida usted à Don Martin,
antes oy, que no mañana,
que con él no he de casarme,
aunque pedazos me hagan.
El Padre todo encendido
en ira, cólera, y rabia,
le dixo: Como, traydora,
respondes tan demasiada?

No miras, que este hóbre es pob.
Y ella entonces replicaba:
Por ello que yo soy rica,
y le supliré la falta.
Viendo Don Juan, que su hija
con razones no se ablanda,
la encerró en un quarto sola,
sin quererla dar ni aun agua.
Tuvola allí un dia entero,
y à la noche la sacaba,
y llevandola à la mesa,
à su lado la sentaba.
Y despues de haver cenado
comidas muy regaladas,
le dixo: Hija querida,
por Dios el gusto me haga
de querer à Don Martin,
que lo estimaré en el alma.
No quieras, hija querida,
no permitais, prenda amada,
que yo quede desayrado
por saltar à mi palabra;
porque como falte à ella
serán mis congojas tantas,
que muera de pesadumbre
solamente por tu causa.
Respondió Doña Maria:
Porfias son escusadas,
Señor, que esta pesadumbre
usted es quien quiere buscarla,
porque yo no se la busco,
ni tal cosa imaginara.
Don Diego de Peñalosa
es quien conmigo se casa,
que à Don Martin aborrezco,
sin que otra novedad haya.
Esto que ha oído Don Juan,
sacó un puñal de la bayna,
y al tiempo de ir à tirarle,
llegó su esposa, y lo abrazó,
poniéndose por delante
las doncellas, y criadas:

Huyendo salió la hija,
y él dixo: Traydora, anda,
que te juro por quien soy
de hacer una acción tan rara,
que ni Don Martín te lleve,
ni Peñalosa te valga,
Así estuvo aquella noche
discurriendo modo, y traza
para reducir su hija,
que hiciesse lo que le manda.
Discurrió una tyranía,
la crueldad mas inhumana,
que se ha oído, ni se ha visto
en todo quanto el Sol tapa.
Y fue llevarla á unos montes,
y en un árbol amarrarla,
y si no se reconviene,
dexarla allí, ó matarla.
Pusolo en execucion,
y antes que rompiesse el Alva
de su casa la sacó
en un caballo á las ancas,
diciendola, que á un Convento
iba á depositarla.
Por fin, se metió en los montes
por cerros, y por cañadas,
hasta que en el mas oculto
sitio que se le antojaba,
muy espeso por los robles,
piños, encinas, y jaras,
se desmontó del caballo,
y en un árbol amarrada
la dexó muy afligida,
y él luego se retiraba.
Sentóse sobre una peña,
para que rato pasara,
y volver á requerirla,

por ver qué razón le daba,
pero dormido al instante
quedó, sin que despertara,
hasta que la luz del día
cubria la obscura capa
de las funestas tinieblas
de la noche sombras pardas.
Despertó despavorido,
y yendo luego á buscarla,
ó por permission del Cielo,
ó por su fortuna infausa,
no pudo encontrar el árbol
donde la dexó amarrada.
Aquí fueron los lamentos,
los llantos, y las plegarias,
que este Cavallero hacia
á Dios por su hija amada.
Viendo que por diligencias,
que hacia, no la encontraba,
y aunque queria dar voces,
no podia pronunciarlas,
porque el grande sentimiento,
y pena que le cercaba,
con el dolor los sentidos,
y las voces le embargaban.
Pues mire cómo estaria
aquella hermosa Diana,
amarrada en aquel tronco,
cercada de penas tantas,
y aun para perder las vidas
poco á los dos les faltaba.
En donde la dexaremos
entre congojas, y ansias,
que en otra Segunda Parte,
si al Auditorio le agrada,
promete Josef Francisco
decir lo demás que falta.

F I N.

Con licencia: En Madrid. Se hallará en Casa de Andrés de Sotos
mas abajo de la Portería de San Martín.